

Mitología (im)posible

Anotaciones sobre *El ojo pineal* de Georges Bataille

Natalia Lorio

El develamiento que produce la mitología es, por tanto, un acto político; fundada en una idea responsable del lenguaje, la mitología postula la libertad del mismo. Sin duda que en este sentido la mitología es un acuerdo con el mundo, pero no con el mundo tal como es, sino tal como quiere hacerse.

Roland Barthes

El animal abre ante mí una profundidad que me atrae y que me es familiar. Esa profundidad en cierto sentido la conozco: es la mía. Es también lo que me es más lejanamente escamoteado, lo que merece ese nombre de profundidad que quiere decir con precisión lo que me escapa. Pero es también la poesía...

Georges Bataille

¿Cómo asomarnos a pensar la animalidad? ¿No es acaso aquello que se cierra, en su apertura, a ser pensado y atravesado por el lenguaje que quiere decirlo? ¿Cuántos nombres para decirla, qué palabras la nombran, qué *animalidad* es la que se piensa? En el intento de abordarla, la animalidad aparece en la reflexión como el nombre de una diversidad y de un mundo viviente que si bien creemos cercano, se aleja en cada paso que se da para encontrarla. Así aparece como inabarcable, inasible, imposible de pensar, lo imposible de decir. Pero es en esa misma imposibilidad que se revela en su centro donde seduce el bloqueo o la opacidad de la animalidad, haciéndonos cómplices de ella. Animalidad, sin embargo, que habita en nosotros, que es sostén de la vida que tan crecientemente consideramos como propia. Una propiedad asediada, por tanto, por lo extraño, por lo animal que es imposibilidad, donde ser hombre es, como mínimo, estar transido por la imposibilidad animal. Acercarnos a la animalidad desde la

humanidad será aquí aproximarnos a aquello que habita en nosotros registrando la imposibilidad de su total cercamiento.

Mito

Un mito revela algo que está oculto en la transparencia de una pregunta que insiste en un *cómo*, un *porqué*, un *qué*. Revela, comulgando con la definición de Mircea Eliade, cómo y porqué se dieron ciertos sucesos, pero no cualquier tipo de sucesos, sino aquellos que tienen carácter de originarios, es decir, aquellos que se presentan cargados de la energía del origen como un presente sagrado¹. Pero el origen, el origen de lo sacralizado, es el punto de heterogeneidad que desgarrar en la apertura de lo que se origina. Quizá sea por ello que la filosofía encuentra, al igual que las ciencias, dificultad para decir ese origen, ese límite desgarrado. Quizá por eso, el mito está en condiciones de transparentar, al menos, la pregunta que intenta responder. Se trata en este caso de una revelación que se pregunta por el animal y por el hombre mismo. En este sentido, el mito nos cuenta, nos dice al decirse.

Como toda mitología, se trata de un revelar algo, en este caso, la distancia y la diferencia entre la animalidad y la humanidad. Se trata de decir también lo sagrado, y el cambio en un estado de cosas a otro. Sólo que en este entramado de preocupaciones por decir al hombre y su distancia del animal, cabe preguntarse: lo sagrado, ¿está en el origen de esa diferencia, es esa diferencia o está en la irrupción de lo nuevo, de aquello que llegó a ser, o dicho de otro modo, es el hombre como irrupción?

¿Pero por qué hablar aquí de mito? Pues bien, sin poder asegurarnos una segura respuesta ante una pregunta que interroga sobre el origen de lo que hoy conocemos como humanidad, la perspectiva del mito hace referencia a un relato que fundamenta una realidad, que es fundamento de lo que se dio como origen y fundamento de la realidad humana. Tomaremos

¹ Eliade, M., *Lo sagrado y lo Profano*, Paidós, Barcelona, 1998, pp. 72 y 73.

en este caso un mito desplegado por Georges Bataille, cuya revelación quiere ser fundamento de esa realidad pletórica y plena de energía que es la vida, además de reactualizar los límites de lo que somos y de las posibilidades improbables en esos límites. Y aquí una posible respuesta a la pregunta:

En la medida en que una descripción de la vida humana que se remonte hasta los orígenes trata de representar lo que el informe universo ha originado al producir al hombre en lugar de cualquier otra cosa, cómo ha llegado a esa producción inútil y con qué medios ha hecho de esa criatura algo tan distinto de todo lo demás, en esa medida es necesario abandonar la antropología científica, reducida a un mero balbuceo más senil todavía que pueril, reducida a respuestas que tienden a presentar las cuestiones así planteadas como irrisorias, cuando miserablemente irrisorias lo son sólo las respuestas ante la brutalidad inevitable y exigente de una interrogación que asume el sentido mismo de la vida, cuya descripción esa antropología pretende tener como finalidad².

Hablar de la animalidad será aquí motivo para hablar de la humanidad. Será *deslizar* la imposibilidad humana hasta sus límites animales. Será también deslizar la animalidad desde esa oscura opacidad que la recubre a la quizás no menos opaca apertura que puede provocar.

Informe

La animalidad, ese imposible, fue una de las obsesiones que atravesaron el pensamiento batailleano, al punto que implicó en tratamiento temprano de esta cuestión la creación de un mito. Obsesión que implicando la mitología y su revelación, dio cabida a la creación imaginaria de las condiciones de lo animal, mostrando, casi de paso, la imposibilidad de aislar la animalidad del seno (del movimiento) de la totalidad. Simpatía y traición, en todo caso, de Bataille respecto a la filosofía hegeliana de la totalidad, pues la idea de la totalidad lleva en sí la muesca de la rotura, de lo herido, del incidente.

² Bataille, G., *El ojo pineal*, Pre-textos, Valencia, 1997, p. 56.

Pensar o revelar mitológicamente la estancia que supone la vida animal, significó en Bataille, representar la totalidad que no podía ser cosmos llanamente. Su informidad la acercaría más al caos que al cosmos. Comedia mitológica, por tanto, que da cuenta de los recursos del decir en pos de acercarse a aquello que no puede ser apresado bajo las formas del pensamiento y su orden.

Pero comencemos por el principio. Bataille propone una visión de universo donde éste no cobra forma académica, no se ajusta al traje matemático que la filosofía quiere imponerle. En aquel proyecto de “diccionario crítico” (¿o diccionario mitológico?) que apareció en *Documents*, el universo aparece a sus ojos mediado por el calificativo de *Informe*, así llega a proponer “que el universo no se asemeja a nada y que sólo es informe significa que el universo es algo así como una araña o un escupitajo”³.

Bajo la caótica visión de la totalidad que se nos presenta, parecen despuntar algunos elementos que están presupuestos: primero, el universo no tiene forma fijable bajo parámetros aceptables por la razón académica, segundo, al ser el universo informe garabato y escupitajo, los mejores binoculares para mirar el universo no serán los de la filosofía (y agregamos, los de la ciencia), sino acaso los del mito.

Movimiento

Así, el mito que se acerca a la figura enigmática de la animalidad es aquel que construyó Bataille a partir de 1927: primero como intuición en *El ano solar*, donde la imagen de lo más luminoso y reverenciado aparece como adjetivo de lo más infame, dejando ver la contemplación de las contradicciones e informidades que están a la base de la representación; y luego como construcción completa y compleja en *El Ojo pineal*⁴, obsesiva figu-

³ Bataille, G., *La conjuración sagrada*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2003, p. 55.

⁴ El mito del ojo pineal, resulta del desarrollo de una intuición que aparece en *El ano solar* (escrito en 1927) en la que Bataille describe el éxtasis que le originó la visualización de la protuberancia anal de un mono, que remite a “la concepción anal (es decir, nocturna) que yo me había hecho primitivamente del sol”. Bataille, G., *El ojo pineal*, op. cit., p. 45.

ración de la vida, de la diferencia animal-humano, que contará con cinco versiones.

Es en el *Ano Solar* donde el mito y su comedia se asoman a la representación de la totalidad y sus ambigüedades. Se da inicio a este texto con la siguiente frase: “Está claro que el mundo es puramente paródico, es decir, que cada cosa que miramos es la parodia de otra, o incluso la misma cosa bajo una forma engañosa”⁵. Pero esta conciencia paródica, implica además parodiar el origen o el principio mismo, pues la provocación batailleana se mueve en sentido de hacer ver que “el oro, el agua, el ecuador o el crimen pueden enunciarse indiferentemente como el principio de todas las cosas”⁶.

Tenemos así que lo que aparece como el principio en esta representación del origen del universo informe es el movimiento constante, el flujo constante de energías: movimiento de rotación y movimientos sexuales, que se transforman uno en otro, que se originan uno a otro. La tierra al girar hace copular a los animales y los animales al copular hacen girar la tierra. Mito que es simbolización de lo informe que atañe al universo, a los animales y a la humanidad. En el principio fue el movimiento. En el principio del movimiento, la cópula animal.

El desarrollo y el devaneo mitológico propuesto por Bataille atañe a la simbolización erótica de las formas de la vida en la tierra, pues todo principio, ya lo sabían los griegos, está atravesado por *eros*: “Del movimiento del mar, coito uniforme de la tierra con la luna, procede el coito polimorfo y orgánico de la tierra y el sol”⁷. A estas imágenes se suman otras tan perturbadoras y exorbitantes como las de la nube y el sol generando la erección vegetal, la vida animal ligada al licuoso mar, el globo terrestre atravesado por entrañas que culminan en volcanes excretantes. Erotismo cósmico, principio de la fluyente constitución energética de la vida.

⁵ *Ibíd.*, p. 15.

⁶ *Ibíd.*, p. 16.

⁷ *Ibíd.*, p. 20.

Animal

La vida animal desde aquí es origen no sólo de la vida humana, sino, como acabamos de ver, es origen del movimiento mismo de la tierra y de la vida en ella, la cual es entendida como constante agitación de energías dirigidas hacia lo horizontal o hacia lo vertical⁸. Podríamos nombrar a esta singular concepción como una *geometría materialista de la vida*, pues la misma aparece como la irrupción de líneas de fuerza y puntos de fuga de la energía excesiva existente en los seres:

Me representaba por un lado los vegetales, que están uniformemente animados de un movimiento vertical, análogo al de la marea que eleva regularmente las aguas, y por otro a los animales, animados de un movimiento horizontal análogo al de la tierra que gira. Llegaba así a reducciones extremadamente simples y geométricas, y al mismo tiempo monstruosamente cómicas⁹.

Un gran magma virtualmente erupcionado y atravesado por ejes de movimiento, es la imagen que Bataille ofrece de la vida, en cuyo seno la horizontalidad de los movimientos animales aparece como el principio vital ligado al sustento, a la necesidad y a la obtención de elementos tendientes a la supervivencia. Allí propone que la vida animal manifiesta su indiferencia respecto del sol (símbolo supremo de la vida soberana). Los ejes en los que se da la vida manifiestan así las potencias e imposibilidades de las formas que ella cobra, reparto de la existencia orgánica que es movimiento de prolongación del rayo o perpendicularidad respecto al mismo.

⁸ Llama la atención que en estos esbozos tempranos, en este mito del ojo pineal que Bataille crea para dar cuenta de la vida humana y su especificidad, esté presente ya en germen la perspectiva que se desarrollará en la última etapa de su pensamiento: será en *La Parte Maldita* donde el exceso cósmico aparecerá como el fundamento de esa economía humana del exceso que Bataille se encargó de describir, pero esta vez, tras (casi) 30 años de distancia del trazado de esta mitología, bajo la apariencia de una obra sistemática, filosófica que se nutre de elementos de las ciencias (aunque sin descartar la mitología por supuesto).

⁹ Bataille, G., *El ojo pineal*, Pre-textos, op. cit., pp. 46-47.

En esta perspectiva geométrica, los seres parecen concebidos a partir de las líneas que sus movimientos pueden describir sobre el globo terrestre. Representados, en primera instancia, no desde la materialidad del cuerpo, sino desde la materialidad energética. Los deslizamientos animales, horizontalmente paralelos a la rotación de la tierra, no son del todo ajenos al eje de la vida vegetal, pues en la ocasión del nacimiento, del sueño y el despertar, del coito y la muerte, la moción se verticaliza, dirigiéndose de arriba abajo o de abajo hacia arriba.

Cabe recordar en este punto aquel tratamiento posterior sobre la animalidad que realiza Bataille en *Teoría de la Religión*, donde la inmanencia de la vida animal es retratada como el estado de estar en el mundo como *agua en el agua*, indiferenciación que se da a condición de un fluir que devora: el animal necesita alimentarse para existir, y esa destrucción es parte también de la inmanencia en la que vive. La horizontalidad en este último tramo de su pensamiento, podría tomarse como la inmanencia en la que el animal se halla devorado por ese mar de la indistinción.

Pero aquel tratamiento que en las últimas obras manifiesta la fascinación por esa falta de distancia y distinción que la vida animal propone, será enunciada en esta incipiente escritura mitológica, como el lugar donde la vida sigue atada al eje horizontal del mundo, o mejor, a la visión horizontal que sólo ve en su transitar por el mundo los frutos que éste puede ofrecer para su sustento. Visión horizontal que el hombre puede transgredir gracias a la existencia (virtual) de un ojo pineal.

Ojo de árbol humano

La forma mítica, según Bataille, “no es simple representación sino consumación violenta del ser”¹⁰, y por tanto, podemos entender cuál es la intención de este mito que gira en torno a la visión: dar cuenta de la vida humana sobre el globo terrestre en tanto consumación de una libertad soberana. Las coordenadas que la vida ofrece son asumidas en la humanidad y con-

¹⁰ *Ibíd.*, p. 62.

sumadas en la misma excesiva potencia de la vida. El mito del ojo pineal trasunta la antropología batailleana, mostrando cómo aquello más improbable se presenta a sus ojos como la más necesaria: un ojo que se abriría en el centro del cráneo, en su parte superior, permitiendo la visión celeste o la contemplación del sol de frente:

En esa época yo no dudaba en pensar seriamente la posibilidad de que ese ojo extraordinario acabase por abrirse paso realmente a través de los tabiques óseos de la cabeza, porque creía necesario que después de un largo período de servidumbre los seres humanos tuvieran un ojo expresamente para el sol (en tanto que los dos ojos que se encuentran en las órbitas se apartan de él con una especie de estúpida obstinación)¹¹.

En las posibilidades (escritas y versionadas una y otra vez) de *El ojo pineal*, es donde Bataille se aboca a *consumar* esta visión soberana, a partir del desentrañamiento de la geométrica trama de la vida, apostando a develar los elementos de lo humano, desde la contemplación de otras formas de vida. Pareciera claro en este punto que aquello que puede indicar alguna idea acerca de la humanidad es, a su vez, aquello sobre lo que es difícil saber algo, pues la misteriosa animalidad que es soporte de la vida humana, se muestra como ese origen perdido, reconocido en la distancia y, quizá, esquivamente reencontrado. Humanidad, por tanto, que se transparenta escamoteándose en un mito que quiere dar cuenta de ese origen sin origen, de ese límite nuboso: acontecimiento mitológico que, agitándose en la misma dirección solar que cobra la elevación vegetal hacia el astro, es la animalidad conjugada que puede sobrevenir en erecta.

Desde esta antropología erótica-solar, la humanidad es pensada desde la diferencia con el mundo animal, en el sentido de que es el *Homo sapiens* el único que alcanza entre todos los animales, una rigidez y erección completas. Rectitud radical que Bataille asume como la diferencia de nobleza que, tal como deja traslucir, culminaría en la rigidez propia de la posición militar. En el hombre se halla erguido lo que en los animales es ondulante movimiento horizontal y vertical. Y es esa rigidez que ha asu-

¹¹ *Ibid.*, p. 46.

mido el animal humano la que ha dado origen al equilibrio tensado hacia la visión de las regiones celestes ocultando esa parte maldita, sucia, volcánica.

En este manto de la vida animal, el equilibrio parece ser la clave de representación mitológica batailleana: la armonía de formas se establece desde esta perspectiva en una geometría de líneas que se trazan desde los dos orificios en oposición que básicamente pueden describirse en todos los animales (como un tubo terminado en el orificio bucal y el anal)¹², cuyas funciones remiten a la descarga de energía. Así en la franca semejanza, Bataille establece la más amplia distancia: en los simios encontramos un movimiento sin armonía fluctuando de rama en rama, que se desesteje en la horizontalidad y la verticalidad discontinuas, y ese desequilibrio impuso la forma paródica e irritante de la protuberancia anal desnuda, cual centro de descargas energéticas; mientras que el animal hombre, mantiene escondido ese orificio de descargas, pues al verticalizar sus movimientos, al modo vegetal, “la parte superior de la cabeza se ha convertido, psicológicamente, en el centro de convergencia del nuevo equilibrio”¹³, y es la cabeza y su ojo pineal lo que estructura la vida humana.

Teniendo en cuenta lo anterior, en lo que atañe a la visión de la animalidad, pareciera que ella recibe su carácter más cómico en los simios: figura tan cercana a la humanidad como la que más, pero que a la vez traza en sus lejanías las diferencias más desproporcionadas. Llama la atención de Bataille, que es en los simios donde el orificio anal se muestra al desnudo completamente y en escandalosa protuberancia. Y sin embargo, es bajo idea de equilibrio aunada a la perspectiva energética lo que abrió a la posibilidad del mito del ojo pineal, pues este sería la contrapartida de la protuberancia simiesca: “cuando imaginaba la posibilidad desconcertante del ojo pineal, no tenía otra intención que representar descargas de energía por la parte superior del cráneo tan violentas y tan crudas como las que

¹² “A partir del gusano es fácil considerar irónicamente un animal, un pez, un mono o un hombre como un tubo con sus dos orificios, nasal y bucal: la nariz, los ojos, las orejas y el cerebro representan la complicación del orificio bucal; el pene, los testículos o los órganos femeninos que les corresponden, la del orificio anal”. *Ibid.*, p. 75.

¹³ *Ibid.*, p. 50.

hacen tan horrible a la vista la protuberancia anal de algunos monos¹⁴. Así, la elevación y erección humanas no sólo estarían vinculadas a la visión solar, a la deslumbrante luz cegadora, y de este modo al mitológico ojo soberano, sino también a la redirección que cobró la energía en el caso humano: se trata de una liberación de energía que encontró “vía abierta en las regiones superiores vecinas del orificio bucal, en la garganta, el cerebro y los ojos¹⁵”.

La expresividad humana es entonces hija de la erección explicada por la existencia del ojo pineal. Frente a la mirada vacía de los animales, el hombre se alza como aquel que puede emanar energía en la floración de la voz, de la mirada, de la risa, del llanto. Del rostro vacío al rostro excesivo. Esa parece ser la impronta batailleana que se nos impone en esta geometría de lo maldito, pues la energía emerge y no siempre bajo formas armónicas o aceptables, no siempre bajo formas que reviste una utilidad o un sentido. Dotando a este animal de esa expresividad solar (soberana pérdida y suntuosidad) aquello que sólo era aullido de necesidad, se abrió a la floración de la voz, de la risa y el llanto en tanto formas de ese esplendor en el que se hace patente la hipertelia cósmica.

Ojo solar

El mito del ojo pineal reconduce la mirada a la existencia de un elemento en lo humano que por antonomasia lo defina. Ya Descartes había examinado la existencia de este elemento propiamente humano en la consideración de la glándula pineal: “me parece haber reconocido de una manera evidente que la parte del cuerpo en la que alma ejerce inmediatamente sus funciones no es en modo alguno el corazón, ni tampoco el cerebro, sino únicamente la parte más interior de éste, que es cierta glándula muy pequeña, situada en el centro de la sustancia cerebral¹⁶”. La glándula

¹⁴ *Ibíd.*, P. 52.

¹⁵ *Ibíd.*, P. 52.

¹⁶ Descartes, R., *Las pasiones del alma*, Elevación. Bs. As., 1944, p. 46.

pineal que ligaba el alma humana a la máquina del cuerpo es considerada por Descartes, no sólo como exclusiva de los seres humanos, sino como aquel órgano único, impar, que puede dar cuenta del hecho de “que no tenemos más que un único y simple pensamiento de una misma cosa al mismo tiempo”¹⁷. Pero interesa aquí mostrar la distancia respecto de la perspectiva que venimos tratando, pues si bien se trataría del mismo órgano, en la representación que Bataille ofrece desde este materialismo energético es más bien un órgano sexual dirigido hacia el cosmos:

El ojo situado en el medio de la parte superior del cráneo, y que, para contemplarlo en una soledad siniestra, se abre sobre el sol incandescente, no es un producto del entendimiento, sino más bien una existencia inmediata: se abre y se ciega como una consumación o como una fiebre que devora al ser, o, más exactamente, la cabeza, y juega así el papel del incendio de una casa; la cabeza, en lugar de encerrar la vida como se guarda el dinero en un cofre, la gasta sin cuento y obtiene como resultado de esta metamorfosis erótica *el poder eléctrico de las puntas*. Esta gran cabeza ardiente es la imagen y la luz desagradable de *la noción de gusto*, más allá de la noción todavía vacía, tal y como se elabora a partir del análisis metódico¹⁸.

De la visión que se opone a la visión real es símbolo el ojo pineal, como así también del gasto irracional y ardiente presente en la vida humana. La unicidad de este ojo no está vinculada a la unidad de la razón, sino a la contemplación e identificación con el sol: mitológicamente, el ojo pineal

¹⁷ *Ibíd.*, p. 47.

En términos biológicos, remite a esa glándula pequeña de unos 5 mm de diámetro, ubicada en los seres humanos el centro del cerebro, cuyas células son sensibles a la luz. Esta glándula se activa y produce melatonina cuando no hay luz. *La glándula pineal* o *epífisis* (también llamada *tercer ojo*) está relacionada con la regulación de los ciclos de vigilia y sueño, incluso podría decirse que está encargada de señalar la noche. Dada su relación con la retina, se puede considerar que la glándula pineal es parte de las vías visuales y así convierte la información lumínica en secreción hormonal. Entre sus funciones, está la producción de un neurotransmisor (Dimetiltryptamina sintetizado a partir de la serotonina) responsable de producir los efectos visuales del sueño y que se produce en mayor cantidad momentos antes de morir.

¹⁸ Bataille, G., *El ojo pineal*, Pre-textos, Valencia, 1997, p. 61.

no es otra cosa que el sol que el hombre es. Este ojo escandaloso de visión vertical cobra el carácter de ser, por un lado, “el único medio de demostrar la precaria situación del hombre, acorralado, por decirlo así, en medio de los elementos universales”¹⁹ y por el otro, la consumación de los impulsos humanos que sólo encuentra “expresión adecuada en la libertad mitológica”²⁰.

Este mito solar es uno de los tantos ensayos que llevó a cabo Bataille bajo el afán de desencadenar la vida humana (en este caso, desencadenar la dirección normal de la visión binocular animal que entra en contacto con los seres y los objetos necesarios a su conservación), hacia la posibilidad de que del hombre y su posición erecta pueda esperarse algo más que la servil genuflexión. Un intento temprano, de desenmascarar la servidumbre bajo la que vive el hombre y las contradicciones que lo definen.

Pero el mito es también la revelación de lo imposible, de la caída y del desastre. Pues la pérdida de la vida se encuentra presente en aquellos mitos solares como el de Ícaro y Prometeo, representaciones de la elevación en que se anuncia lo que implica ese querer procurarse una visión imposible. Y este mito marca así, en este punto, el límite imposible de establecer entre la animalidad y la humanidad, pues si bien el hombre está llamado a lo solar (a su donación sagrada, plena de sacralidad), su mirada se mantiene en el horizonte animal, en el eje horizontal que refleja la existencia atada a la necesidad, a la vida encadenada: lejos de entregarse a esa liberación, a la ausencia de límites a la que virtualmente accedería, los ojos, en cambio, le mantienen aferrado al eje de la necesidad y a las cosas vulgares de su dominio. Carácter mutilado de la mirada del hombre, de la existencia humana que se muestra en su misma aspiración como la improbabilidad más teñida de imposible, pues nadie mira hacia el sol.

Parece que una vez alcanzada esta erección completa sobre la tierra (que siempre será la fuerza y la expresión del orden intelectual), una fatiga cómica y degradante, análoga así a la caída en la tierra, haya apartado al organismo humano de su elevación hacia el espacio solar: en efecto, la

¹⁹ *Ibid.*, p. 81.

²⁰ *Ibid.*, p. 85.

mirada cuya aspiración ineficaz pero obstinada afirma que *debería* tener como objeto la luz celeste, se abandona totalmente a la huida del sol, ligando al hombre a la tierra mucho más estrechamente que con cadenas²¹.

Ante la contradicción que presentan de los ejes de la estructura humana, Bataille asume el sentido que el mito, este mito, puede otorgarle: el rol destacado que le cabe a la antropología mítica es la de verticalizar la naturaleza humana, proponerle su propio espectro, su propio fantasma, esa extrañeza solar es lo que le es propio. Se trata en todo caso de un ojo solar fantasma, de una existencia solar que la humanidad no ha logrado. Fantasma mitológico, que refleja, desde la negación de la servidumbre, la vida humana desencadenada.

Recordamos en este punto al tratamiento que aparece en *Lo abierto* de Agamben, la fluctuación de ese límite flotante “entre lo animal y lo humano, y, en consecuencia, su ser siempre menos y siempre más que él mismo”²². Agamben, remite a la *máquina antropológica* del humanismo, como ese dispositivo que verifica la ausencia del hombre en el hombre, la ausencia de una naturaleza propia. Sólo que en este caso, en este mito trazado por Bataille la existencia humana es representada bajo el mito de lo que está presente en su ausencia: “rodeada por un halo de muerte se levanta por primera vez una criatura excesivamente pálida, excesivamente grande y que bajo un sol enfermo no es otra cosa que el ojo que le falta”²³.

La diferencia del animal y el hombre, ya en este esbozo temprano (prefigurando los últimos desarrollos) atañe a las prohibiciones a la que los hombres estaban sujetos, pues el ojo pineal es ese ojo virtualmente abierto al sol para contemplarlo de frente, siendo a la vez el ojo imposible, abriendo a pensar en la prefiguración de las prohibiciones que atañen al hombre. Hibridez del hombre que *niega lo que es y afirma lo que no es*, ausencia y presencia donde se elabora la humanidad²⁴. Enigma de la humanidad y la animalidad cuyo sentido es una profundidad escurridiza.

²¹ *Ibíd.*, p. 89.

²² Agamben, G., *Lo abierto*, Pre-textos, Valencia, 2005, p. 43.

²³ *Ibíd.*, p. 77.

²⁴ Bataille, G., *Lascaux o el nacimiento de la obra de arte*, Alción, Córdoba, 2003, p. 85.